

Trigésima Conferencia 14 de marzo de 1917.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

El tema que deseo abordar hoy tal vez ha de suscitar una fuerte incredulidad. Desde luego, estoy preparado para ello y no me arredra el hecho de que se reciba de ese modo lo que voy a decir. Se trata de la posición que adoptan los humanos frente a la muerte, del hecho de que la idea de la muerte nos acompaña constantemente y que por tanto no parece necesitarse la exhortación de *memento mori*. Se trata, antes que del hecho de pensar en la muerte, de la circunstancia de aprender a no tenerle miedo. Esta afirmación que propongo, es decir, que siempre se piensa en la muerte, es difícil de probar. Tendría que abordar previamente un capítulo que hoy no puedo examinar: la vida de los sueños y en los sueños. Precisamente esa vida demuestra que la idea de la muerte nos acompaña siempre. No hay sueño en el que no aparezca la muerte; se sueña con la muerte de otro o con la propia muerte. Provisionalmente hay que aceptarlo así. Son hechos establecidos y resultan, en efecto, de lo que con mayor o menor pena se ha tomado del alma inconsciente del ser humano. El deseo de muerte que tiene éste se expresa con toda claridad en un fenómeno: el hecho de dormir. Dormir y deseo de dormir se comprenden como un fenómeno de cansancio, cosa que sólo hasta cierto punto es exacta, porque en el fondo lo que se desea es poner a la conciencia fuera de circuito, y esta operación, en la que la subconciencia continúa existiendo, puede verificarse en los sueños. En todo caso no es exacto que uno duerma por cansancio. Las personas pueden dormir con un relativo grado de cansancio; rebasado éste, ya no pueden dormir. Cierta dosis grande de cansancio acarrea agitación e imposibilidad de dormir. El deseo de dormir, el tener sueño, es deseo de descanso, y el mejor descanso se lo encuentra en la tumba. La tumba y la muerte no son automáticamente algo espantoso; ambas se encuentran en una curiosa relación con la madre, con la estada del niño en el cuerpo materno. Este período, que nos lo representamos como carente de conciencia, no está carente de alma. No nos damos cabal cuenta de que es un estado que persigue al ser humano y que provoca el deseo de muerte, deseo al que se opone la angustia de muerte, que tiene que ver con manifestaciones de angustia del niño todavía en el cuerpo materno y con el deseo de salir y saludar la luz del día. Si se quiere, podemos relacionar esto con el renacimiento. Pero de una cosa estoy convencido: durante la estada del niño en el cuerpo materno hay un deseo de luz y una angustia provocada por la mazmorra en la que se halla encerrado, angustia que posteriormente se traslada a la angustia de muerte, así como la alegría de dormir y de llevar una vida sin sobresaltos se traslada al deseo de dormir. En lo que incumbe por ahora a nuestra vida real, la muerte se halla más o menos eliminada. Nos imaginamos que no pensamos en ella, y hasta cierto punto lo hemos logrado. Las consecuencias que acarrea la represión de la idea de muerte son, desde luego, extraordinariamente graves. Si es cierto -y lo es- que la idea de muerte, el deseo que se tiene de ésta, es lo más profundo y misterioso que hay, lo que en rigor constituye la tonalidad fundamental de todos los procesos del alma, entonces esto tiene consecuencias tan funestas que se excluye por completo la posibilidad de que alguien pueda morir.

Qué sucede en la muerte, realmente no nos lo podemos representar; únicamente podemos imaginar la muerte de manera simbólica, como un dormir. Pero representarnos exactamente cómo ha de ser cuando hayamos muerto, nos resulta imposible, no tenemos idea alguna al respecto. Y no sería tan grave y necesario si no nos preocupásemos tanto de la muerte; se dan en la vida muchos momentos y factores que contribuyen

a que ello no nos perjudique demasiado. Por ejemplo, el dormir, el quedarse absorto frente a un periódico, el no pensar en nada, etcétera. Lo nocivo en el caso de la represión de la idea de muerte es que hemos perdido la costumbre de pensar en la muerte de otras personas. Sentimos vergüenza cuando nos sorprendemos a nosotros mismos pensando que tal o cual persona pueda morir, sobre todo cuanto ello afecta a alguien que nos interesa. Pero es éste un problema que surge con mayor intensidad y se complica aun mucho a causa de que no nos atrevemos a pensar en la muerte de los nuestros. A primera vista no parece muy nocivo, pues son muy pocos los que saben cuánto a menudo pensamos en la muerte, cómo, incluso, la deseamos. No pasa día en que uno no desee, cuando menos varias veces, la muerte de uno de los suyos; simplemente, no se permite que este deseo llegue a la conciencia. Y cuando a pesar de todo llega, nos angustiamos y pensamos que acabamos de cometer un gran crimen. Si no deseáramos la muerte, no se necesitaría el mandamiento de “no matarás”. Un día cualquiera, no importa cuál, hay un segundo, que a veces se convierte en horas, en días, en meses, en años, en que se aguarda la muerte de una persona precisa, en que uno invoca esta muerte con todas sus ganas. Esto conduce a las condiciones que podríamos denominar criminales, si deseamos conservar la noción de crimen. En la vida burguesa hay que atenerse a esta noción. Pero son inclinaciones que no tienen nada de antinatural. Todo ser humano las siente; están vivas en todos a cada instante. Si se cruza la calle y se pasa ante un comercio en cuyo escaparate se advierte algo que parece deseable, bien se puede expulsar de la conciencia este pensamiento: si papá o mamá hubieran muerto, entonces yo tendría dinero y me lo podría comprar. Pero al deseo no se lo puede expulsar. Contamos con innumerables pruebas de ello en los síntomas de enfermedad de la gente. Ni siquiera se necesita que sea un síntoma; la prueba ya reside en la angustia. La angustia está siempre determinada por una angustia de muerte. La mínima angustia es una angustia de muerte, sea que uno mismo podría morir, sea que se ha dado muerte a alguien en mente y que Dios podría castigarnos. Los primeros pensamientos de homicidio se refieren a las personas que nos han dispensado las primeras atenciones. El matricidio es la angustia más grave que existe; la segunda es el parricidio, y luego vienen el fratricidio y el uxoricidio, y el asesinato de los hijos y de los amigos. Las consecuencias del deseo de dar muerte a la madre y al padre consisten en que en temperamentos sensibles sobreviene la idea: “así como he deseado que mamá muera, así también mis hijos lo desearán; un día llegará la venganza, el castigo de mi pecado”. Es uno de los mayores enigmas que hay en la vida del alma de los humanos, y en él se origina el sentimiento de culpabilidad y castigo.

Querría señalar que los cristianos están obsesionados por las palabras: ojo por ojo, diente por diente. Lo que uno ha hecho, más tarde tendrá que expiarlo. Porque a uno se le predica desde pequeño que el pensamiento de que tal o cual debería morir constituye una falta, no hay persona que no se sienta culpable como criminal y tema la cárcel, la enfermedad, la muerte. Ya he hablado sobre el temor a la contaminación, sobre el miedo al calabozo y sobre las fantasías relacionadas con ello. Se halla en relación con el deseo de experimentar dolores; es una de sus fuentes. La otra es el pensamiento de que se es un criminal y de que esto debe ser expiado con la enfermedad, la cárcel y la muerte. Son cosas que se pueden observar en la vida diaria.

Así, un niño al que se lleva a babucha, se lo puede haber llevado centenares de veces sin que el niño sintiera miedo. Pero un día comienza a ponerse ansioso en los brazos del padre y en los brazos de la madre. Se vuelve ansioso sólo porque lo ha asaltado el pensamiento: papá o mamá podrían caer y entonces se morirían. Cuando un niño siente miedo de la oscuridad, no es tan sólo porque quiere que se lo lleve a la cama de la madre; también intervienen aquí el miedo y el remordimiento por un deseo de muerte, el miedo de que ahora se lo pueda castigar con la oscuridad de la muerte, del sótano, de la prisión. Observando el vértigo que sobreviene en pendientes rápidas, sobre una torre o un peñasco o al correr sobre una viga horizontal, lo que actúa, además de las representaciones de la caída moral, es la idea de caer y romperse el cuello por haber dado muerte a alguien. En este sentido puedo narrar una observación personal. Un enfermo había sido presa del vértigo en una plaza y quería regresar allí para ver si el vértigo lo asaltaba nuevamente. Me rogó que lo acompañara a fin de poder hablar conmigo. Accedí. El enfermo no sufrió vértigo. Era allá arriba, a lo largo de los peñascos; habíamos recorrido el camino que conduce desde un viejo castillo a los peñascos. Y quien sintió vértigo en aquel camino fui yo. Pero tuve tiempo de tomar conciencia de lo que me ocurría. En el lapso de unos cuantos minutos, durante los cuales surgió en mí el sentimiento de angustia,

pensé en la muerte de mi madre, de mi padre, de mi hermana y de algunas otras personas que igualmente debían intervenir. Y comprobé cuáles fueron los últimos instantes decisivos que provocaron el vértigo. Estaba ahí la conciencia de culpabilidad. He querido mucho a mi padre, a mi madre y a mi hermana, y no he tenido especiales desacuerdos con ellos. Pese a todo recordé las ocasiones en que sentí este deseo: si al menos estuvieran lejos. Tan pronto me aclaré las cosas, el vértigo desapareció. A menudo se ha dicho que una persona que sufre una gran caída pasa revista a toda su vida. En el lapso de aquellos treinta segundos mi vida pasó rápidamente ante mí, en parte en forma de impresiones auditivas y visuales, en parte como impresiones verbales. Me tomé el trabajo de indagar por qué habían sobrevenido precisamente aquellos acontecimientos durante ese instante de angustia de muerte, y descubrí que esos elementos -todos, sin excepción- contenían la idea de muerte y la idea de amor. Ambas ideas se vinculan del modo más estrecho. Lamentablemente -y digo lamentablemente porque se trata de una de las cosas más graves y nocivas-, se nos ha dado por representar la muerte como un esqueleto, con lo que exteriormente la hemos cargado de horror. Esta concepción gravita mucho e influye sobre nosotros porque le atribuimos espanto y espectro. Más cierta y más útil para nuestro reposo y nuestra persona me parece la manera en que la Antigüedad se representaba la muerte, es decir, como el hermano mellizo de Eros. La idea de la Antigüedad -representar a Eros con la tea nupcial erguida y a la muerte como un adolescente con la tea al revés- posee algo calmante, agradable, y más bien suscita el sentimiento de reposo en el cuerpo materno. De dónde surge la circunstancia de que hayamos encontrado tan atrayente el esqueleto de ojos vaciados, es cosa que escapa a mis conocimientos; pero pienso que es un contrapeso para la humanidad, para el amor exangüe, que quiere, en verdad, expulsar la crueldad y que procura dulcificar lo horrible. Entonces, la naturaleza humana se venga y representa lo más dulce que hay, es decir, el dormir en la muerte, como algo espantoso. Para quien ha observado muchas veces la muerte, esto no tiene nada de horroroso. Uno no puede representarse su propia muerte; es imposible pensar que uno está muerto. No se cree en la propia muerte; desde luego, se la teme, pero en el fondo todos nos creemos inmortales y no podemos imaginar qué pasará cuando hayamos muerto, por mucho que sí podamos hacerlo cuando hayan muerto otros. Vivimos en una época que nos hace sentir claramente qué efecto tienen estas condiciones. La muerte no está tan lejos de nosotros y de los nuestros para que podamos simplemente espantarla de un revés. Ahora vemos con toda claridad que es posible y que ocurre a cada instante, y ya nos hemos hecho más o menos a este pensamiento. Uno de los mayores efectos de esta guerra consistirá en que nuestra actitud para con la muerte habrá cambiado. Si el resultado de la guerra no fuese el de poder soportar con mayor tranquilidad, valentía y firmeza la muerte de nuestros seres queridos, la guerra sería aun más lamentable. Los que estamos en el interior no nos encontramos en condiciones de familiarizarse con ella tanto como los que están afuera, en el frente. De este modo, pues, se ha cavado un foso entre ambas partes de la humanidad, y bien puede uno preguntarse cuál de éstas habrá de convertir a la otra a su concepción. Resulta difícil decir cuáles serán las consecuencias. Creo que si se estableciera una mayor familiaridad con la idea de muerte, entonces en la raza humana habría un gran cambio, un cambio que nos liberaría de un verdadero espectro. No faltarán, sin duda, quienes pregunten: “¿en qué nos ayudaría el familiarizarnos más con la muerte?” En el pasado, los humanos miraban a la muerte cara a cara, con más tranquilidad, pese a que muchos estaban enfermos. No puedo establecer cuál era la causa de las enfermedades en las generaciones anteriores, pero sí sé que nada hace sufrir más a la nuestra como la conciencia de haber nacido criminal y ser criminal. Si no queremos vernos consumidos por el remordimiento y volvernos, así, antinaturales, falsos y mentirosos, tenemos que meditar a fondo y comprender firmemente esta idea: “eres un criminal, pero no eres tú quien comete los crímenes, porque las leyes y la vida social te lo impiden”. Todo aquel que sea sincero consigo mismo llegará a este punto de vista; una vez que lo haya comprendido, ya no le será necesario ser un comediante, desempeñar un papel frente a sí mismo, mentirse a sí mismo, y finalmente eso es todo lo que importa. Mentirle a otro es mucho menos importante; a decir verdad, es indiferente desde el punto de vista médico del problema. Pero cuando uno se cuenta historias a uno mismo, cuando uno quiere parecer a sus propios ojos mejor de lo que es, cuando uno se dice sin descanso: “quiero ser diferente y mejor; no tengo por qué tener tal o cual deseo”, entonces no hay opción: hay que caer enfermo. Quien quiera ser absolutamente un ángel en la tierra no puede hacer otra cosa que hacer que tenderse y no pensar en nada.

Pero dormir tampoco protege, porque entonces sobreviene el sueño. Cuando uno despierta horrorizado,

es seguro que en el sueño ha matado a alguien. A menudo se requiere mucho tiempo para dar con esta idea de homicidio, porque en este caso es muy grande la resistencia. A menudo es también una de las razones del insomnio, y es algo que encontramos igualmente en la vida diaria. Si se considera esta idea como algo contranatural, entonces hay que volver al estado vegetativo, pese a lo cual no nos desembarazamos de la angustia. Todas las infecciones están determinadas en parte por la idea de homicidio; también incluyo la piromanía, los robos y todo lo demás, que resumo en ideas de asesinato. En este campo reside una de las causas de enfermedad más poderosas, y la negación hipócrita de la idea de homicidio es lo que lleva al adulto a desnaturalizarse tanto. El pequeño todavía es absolutamente espontáneo; tampoco tiene la idea de castigo, y lo muestra de la manera más ingenua. Pero el adulto siente súbitamente miedo y se dice: “si cedo a esto, a esta fantasía, bien podría ocurrir que lo hiciera”. Pero para ello todos hemos llegado a ser demasiado cobardes, y sinceros, y refrenados. No lo haríamos ni aun cuando tuviésemos a mano el veneno más secreto, porque pensamos que se podría divulgar, o porque pensamos: “si lo haces, también a ti te ocurrirá”.

Tampoco es peligroso que nos entreguemos ampliamente a la lujuria, o que podamos ser infinitamente inmorales. Supongamos que lo hayamos llegado a ser de verdad: ¿hasta dónde podríamos ir? Tal vez podríamos contaminar un teatro con veinte mil personas dentro. ¿Pero qué representa esto? A muchas más personas se las mata diariamente, y no sólo en la guerra. ¡Cuántas vidas no suprime nuestra humanidad por el simple hecho de que, en lugar de casarnos a los catorce o quince años, lo hacemos a los veinticuatro, o nunca! ¡Y esta destrucción está permitida en nombre de las más sagradas ideas! Es completamente indiferente que se produzca por buenas o por malas razones: sigue en pie el hecho de que toda mujer podría tener un hijo por año, pero no lo tiene. Y el varón podría tener los trescientos setenta y cuatro hijos de Augusto el Fuerte. Y esto no es aún lo más curioso. Lo más curioso es que la propia naturaleza mata; ha dotado a la chiquilla que llega al mundo de la posibilidad de tener veinte mil hijos, pero aniquila todos esos óvulos hasta los seiscientos, que en parte también se vuelven posteriormente inutilizables....

Querría abordar otro tema; me refiero a la deliberada evitación de la preñez y al aborto. Para mí es objeto de asombro y de sarcasmo que tanta gente sabia se preocupe por esta tontería y crea que ha de llegar el día en que se podrá proceder de otro modo con el aborto. Con la concepción puede ser que las cosas sean distintas, pero una vez que el hijo esté en camino, en la mitad de los casos se lo abortará o se le dará muerte de una u otra manera. Así ha de seguir siendo, y no se lo puede evitar. Si uno quiere absolutamente no ser un criminal, entonces se ubica al margen de la humanidad. Todo cuanto digo podría dar la impresión de que estoy rompiendo lanzas en favor del crimen; no es así de ningún modo. Simplemente quiero señalar que, cuando se tienen inclinaciones criminales, los reproches toman otro rumbo, y mucho más aun el miedo que se les tiene. Si se siente miedo, entonces hay que averiguar: “¿a quién he querido matar?” Una vez que se ha intentado diez veces, acaso cien veces, reducir la angustia a un pensamiento de muerte, se llega a no sentir ya ni angustia ni vértigo; o bien, si a pesar de todo no ocurre así, no se los siente hasta el extremo de incapacitarse para proceder. Si en todos los casos se procura descubrir qué es lo que ha provocado en torno de uno la idea de homicidio o de la propia muerte, poco a poco se libera uno de la torturante angustia, y esto es válido para la diarrea, para el dolor de cabeza, para la fatiga; es un camino que se puede tomar para todas esas cosas. El crimen es una de las razones de nuestras enfermedades. Vale la pena que nos detengamos a este respecto para mostrar de qué modo se constituye un estado de angustia, un vértigo, una debilidad de la voz. Se produce una idea de muerte; no llega a la conciencia, ni, es necesario que lo haga. Pero está ahí, y alguna impresión del exterior la ha suscitado. Con el objeto de aclarar más el punto desearía destacar lo que sigue.

Hace ocho días teníamos una alfombra de nieve. La nieve evoca la muerte; es blanca como una mortaja, y es inanimada y helada como la muerte. Los síntomas provocados por la nieve son muchísimos. También síntomas de enfermedad. Caminar sobre la nieve, sin hacer ruido, silenciosamente: es el silencio de la tumba. Cuando se sueña con nieve (además de la inocencia, el blanco significa también la muerte), un sueño de ese tipo siempre contiene la idea de muerte. A ello se suman las canas, los huesos blanqueados, los fantasmas -que nos los imaginamos blancos-, el silencio de la noche, la oscuridad, el búho (ave de muerte), el murciélago, los grandes ojos de los seres humanos que están en relación con las lechuzas, el viento, las

estrellas, la luna, la luna blanquecina, pálida, muerta, las estrellas implacables y frías. O bien, para partir nuevamente de la nieve, del color blanco, tenemos el cobertor o el cielo raso (*Decke*). El cielo raso de la habitación está casi siempre pintado de blanco; hace mucho tiempo que me he interesado y me he valido de él tanto para los enfermos como para los sanos. He encontrado pensamientos de muerte que intervenían en el curso de la enfermedad, pero que también actuaban en dirección de la vida. Enfermedad y salud son, en el fondo, la misma cosa, y sólo nos parecen contradictorias como el frío y el calor. Además del cielo raso blanco de la habitación están las sábanas blancas del lecho, que contribuyen a los estados de angustia al despertar y al mal humor de la mañana.

Ahondando en el mal humor, se descubre que las sábanas habían incitado a pensar en la muerte de un ser humano, en el suicidio, en deseos de muerte y en el castigo por haber pensado en ello. Y además el color blanco: rosa blanca, lirio blanco, los ramos, el sauce, los árboles deshojados, todos los árboles funerarios del mundo. Si se habla de plantas, se piensa en el aire libre; hay allí un río. La orilla de aquí y la orilla de allá. Más allá está la muerte. La vida corre como un río. El cruce de un río puede acarrear la consecuencia de que comprábamos tal o cual cosa, o de que nos aficionábamos a alguien, o de que concebíamos un plan filosófico, o de que teníamos la idea de una tragedia, o de que pensábamos, por último: si el río de la vida pudiera tan sólo detenerse para Fulano o Mengano, o si pudiera provocar una inundación destructora.

Hablando de orillas, quiero llamar la atención sobre el parentesco que existe entre el amor y la muerte. Ambas riberas, la de aquí abajo y la del más allá, se hallan vinculadas por un puente. El puente entre los seres humanos es el amor, y el río (*Fluss*) es la influencia (*Einfluss*) de un ser sobre otro. La vida más viva y la muerte más muerta están de tal modo entrelazadas que sólo podemos proceder a una separación artificial y brutal. No es cosa, pues, de asombrarnos si nos volvemos enfermos, antinaturales y nos convertimos en comediantes y nos mentimos a nosotros mismos, apenas intentamos disociar esas dos nociones para apartar de nosotros la muerte tanto como sea posible. Es inútil. La casa, la habitación, es por una parte el nacimiento, la mujer (*Frauenzimmer*: literalmente, habitación de mujer), y por la otra es la tumba, el panteón, la bodega del tesoro, donde sean conservado los valores para la vida inmortal. Si seguimos adelante, arribamos al cruce de los caminos, o a la encrucijada (*Kreuzweg*). La cruz es el símbolo de la muerte y no sólo para los cristianos. Para éstos, el cruce de los caminos es un lugar extraño, un lugar en el que están agazapados la muerte, los fantasmas y las Furias. Durante la noche, todo eso surge en las encrucijadas cuando uno se encuentra bajo la impresión de los acontecimientos de ese día. Y si se continúa con el cruce de los caminos, tenemos el poste indicador: señala a lo lejos un camino largo que desemboca en la muerte. Es el muy conocido *lied* de Schubert titulado *Wegweiser*, (poste indicador) del *Viaje de invierno*, en el que se expresa con toda claridad la simbólica de la vida y el camino, del sentimiento de muerte y del sentimiento de felicidad, y de la búsqueda de reposo. Apenas puedo rozar estas cosas; por eso, pues, no deseo proporcionar un resumen preciso de ellas para la próxima vez, sino dejarlas en libertad. Sólo me agradecería destacar estas otras cosas: el jardín, el arriate, es el cementerio, la tumba; la laya es la laya del sepulturero, y Cristo resucitado aparece como jardinero. Se puede sacar toda una serie de conclusiones acerca de la persona que se dedica a la jardinería. En primer término, que es un ser que posee una especial profundidad, un ser que cava en sí mismo y que en sí mismo encuentra goces, un ser al que le gusta elevar, pero también cavar, un ser notablemente apoyado sobre el amor a sí mismo y sobre el pensamiento de muerte. La muerte determina la vida, y la vida determina la muerte. Para el que cuida y suscita una vida nueva, para ése, la idea de la muerte es fecunda. Las flores se secan; la muerte se le presenta siempre, y no habría elegido su profesión si no sintiera el maravilloso vínculo que existe entre la cuna y la tumba.

Tomemos otra cosa: la tea invertida; es un fuego que se extingue, un símbolo de muerte. Todos los días, al apagar la luz, cuando nos acostamos, la muerte se nos presenta. Es algo que también encontramos en los cuentos: la Parca, la muerte donde se puede descubrir al médico. Tenemos por costumbre que el día del cumpleaños haya en el centro de la mesa la luz de la vida, que en seguida se apaga. La simbólica de la muerte nos acompaña en todas las ocasiones en que se enciende un fuego y luego, nuevamente, se extingue. Volvemos a encontrarla en el árbol de Navidad y en las fogatas de San Juan, que van cayendo en desuso porque rechazamos el pensamiento de la muerte. Todas estas cosas están de tal manera entrelazadas y tan

armónicamente convenidas, que se puede hablar de ellas al infinito sin que jamás le falten a uno ejemplos. Quiero que se comprenda con toda claridad que mi afirmación de que la muerte nos acompaña siempre no es una invención de mi mente, sino que es realmente así. También es posible demostrar que no sólo nos acompaña el pensamiento de nuestra propia muerte, sino que también lo hacen el pensamiento y hasta el deseo de la muerte de nuestros seres más queridos. Cuando no se lo sabe, siempre se sucumbe a todo tipo de síntomas de enfermedades, porque siempre nos extraviamos en esta idea: “soy el único en tener esto, el único al que las Furias van a perseguir”. El ser humano olvida fácilmente y rompe otra vez a reír; pero el primer clavo que advierte en un muro se convierte en un clavo del ataúd y nuevamente puede despertar a las Furias.

Volver a Publicaciones Georg Groddeck

Volver a Newsletter 17-ex-43